vinetur

Un estudio calcula 108.400 muertes atribuibles al alcohol en Rusia

La investigación sostiene que una parte relevante no aparece en los certificados oficiales de defunción

sábado 21 de noviembre de 2026

Un estudio publicado en Population Health Metrics calcula que en Rusia hubo 108.400 muertes atribuibles al alcohol en 2019 entre personas de 20 a 59 años. El trabajo se apoya en datos de panel de 75 regiones del país entre 2000 y 2019 y plantea que una parte amplia de esa mortalidad no aparece certificada de forma explícita como relacionada con el alcohol.

Los autores hablan de mortalidad “oculta” asociada al alcohol porque una parte de los fallecimientos no queda registrada bajo esa causa en los certificados de defunción. La investigación intenta medir ese exceso de muertes a partir de la relación estadística entre el consumo y la mortalidad regional, en lugar de limitarse a los casos en los que el alcohol figura de manera directa en los registros oficiales.

La estimación se centra en edades de 20 a 59 años, un tramo en el que las muertes ligadas al alcohol tienen un efecto social y económico amplio por su impacto sobre población en edad laboral. El análisis cubre casi dos décadas, de 2000 a 2019, lo que permite observar cómo cambia esa relación entre regiones y a lo largo del tiempo.

El trabajo no prueba causalidad individual. Sus autores dejan claro que el diseño del estudio permite estimar asociación a escala regional, pero no determinar en cada caso concreto que una persona muriera por el alcohol. Ese matiz es importante: la

investigación no sustituye a una autopsia, a una historia clínica ni a una certificación médica, sino que ofrece una aproximación estadística al peso real del alcohol en la mortalidad.

Aun con esa cautela, la cifra sugiere que el impacto sanitario del alcohol puede estar infravalorado cuando solo se miran las causas de muerte consignadas de forma directa. En términos de salud pública, eso afecta a la planificación de prevención, a la vigilancia epidemiológica y a la evaluación de medidas de control. También puede influir en cómo se interpretan las diferencias entre territorios si los sistemas de registro no reflejan por completo los daños asociados al consumo.

La investigación no separa los riesgos por tipo de bebida. No diferencia entre vino, cerveza, bebidas espirituosas u otras categorías, de modo que no sirve para atribuir el peso de esa mortalidad a un producto concreto. Aun así, sus resultados pueden tener efectos en el sector de bebidas, porque aportan una base adicional para futuros debates sobre fiscalidad, publicidad, disponibilidad comercial o mensajes sanitarios ligados al alcohol en Rusia y en otros mercados que estudien medidas parecidas.

El estudio se suma a una línea de trabajos que intentan medir daños que no siempre quedan visibles en los registros administrativos. En el caso del alcohol, esa dificultad es conocida: puede intervenir de forma directa o indirecta en distintos procesos de enfermedad, accidentes o episodios violentos, y no siempre queda reflejado de la misma manera en las estadísticas oficiales. Por eso, los modelos regionales se usan para calcular una parte del impacto que podría estar fuera de las categorías habituales.

La investigación se limita a Rusia y a las 75 regiones analizadas, por lo que sus cifras no deben trasladarse de forma automática a otros países. Tampoco ofrece, con la información disponible, una lectura clínica caso por caso. Su aportación está en otra parte: cuantificar cuánto puede alejarse la mortalidad atribuible al alcohol de la que aparece en los registros cuando se utilizan métodos estadísticos sobre series regionales largas.

Para los responsables sanitarios, el resultado abre la puerta a revisar hasta qué punto los sistemas de certificación recogen de forma suficiente los daños asociados al alcohol. Para la industria de bebidas, añade presión a un debate que va más allá del

consumo declarado y entra en el terreno de los efectos indirectos sobre la salud y de cómo se mide ese impacto en las políticas públicas.